

La bicicleta

Vicentito decidió que quería ser mayor desde el momento en que pudo entender su primer pensamiento, o sea, en su más tierna infancia, momento en el que se alcanza el “uso de razón”, según dicen los adultos, y los niños entran de golpe en un mundo más grande.

Pero no se puede decir que este deseo de Vicentito estuviera motivado solamente por una vocación inevitable. No del todo. Era más bien debido al convencimiento de verse distinto a los demás niños.

Y llegó a esta conclusión después de un tiempo de triste y repetida observación de varios hechos. Tantos tropiezos le hicieron creer que era difícil que su carácter tímido y retraído pudiera contagiarse del entusiasmo y dinamismo habituales en los primeros años del ser humano.

Mas Vicentito no era niño que se dejara llevar por el desánimo. Sólo que era lo suficientemente sensato como para reconocer que nunca llegaría a ser aclamado en el barrio por su destreza con el balón. Tampoco se le daba bien lanzar con acierto las canicas dentro del agujero hecho en la arena del parque, ni conseguía hacer bailar la peonza dentro del círculo de tiza dibujado en el alquitrán de su calle, ni defender como Dios manda la portería del equipo que le tocaba cuando no había otro para portero. En fin, Vicentito sabía de sobra que nunca sería aclamado en el barrio por sus destrezas o habilidades en el mundo de los juegos.

A pesar de lo dicho, Vicentito estaba convencido de que lo suyo no era cuestión de torpeza o, al menos, no era cuestión de torpeza únicamente. Y a los datos se remitía. Que no era tan patoso como podía pensarse quedaba demostrado con una prueba que nadie sería capaz de rechazar: la del día en que aprendió a montar en bici, hazaña que, además, contaba con un testigo de primera categoría. Ese testigo indiscutible era Javierín, precisamente el dueño del objeto en cuestión.

La aventura más temeraria con un vehículo, a que había llegado Vicentito en sus primeros años, era la de pilotar un triciclo de sillín rojo, de piñón fijo y parada en seco mediante el hábil bloqueo con los pies, que sus abuelos le regalaron en uno de sus primeros cumpleaños. Como cualquier niño, soñaba con una gran bicicleta que le diera la independencia de moverse por las calles con la libertad de los mayores.

Pero, de momento, había de conformarse con la generosidad de alguno de los propietarios que le daban una vuelta a la manzana incómodamente montado sobre el transportín o la barra del cuadro.

Aquella mañana de verano esperaba Vicentito a su amigo Javierín en lo alto del parque. Es de todos conocida la satisfacción que produce el andar sin rumbo fijo en la época de vacaciones. Así que fácilmente, también, cualquiera puede hacerse una idea de la tranquilidad con que se hallaba sentado nuestro personaje sobre el montículo de arena desde el que aún disfrutaba del frescor lanzado por las ramas de los árboles cercanos, todavía sin castigar por los rayos del Sol.

Apareció entonces Javierín, dando saltos y cabriolas con su magnífico artefacto de dos ruedas, conseguido las Navidades pasadas, y del que desde hacía unos días parecía no desprenderse ni para dormir.

Ambos se saludaron y empezaron a planear el día. Luego, sin llegar a conclusiones de carácter definitivo, decidieron esperar a algún camarada más que pudiera acompañarles en sus proyectos hasta el atardecer. Por todos es sabido también el afán que de pequeños tenemos por hacer que las horas se estiren como el chicle. Fantasear es relativamente fácil, aunque luego un castigo por llegar tarde a la hora de comer acabe con toda una tarde de ilusiones.

En la espera, Javierín, impulsado por su noble y cariñoso carácter -además de ingenuo y demasiado infantil en opinión de sus amigos-, tuvo la feliz idea de enseñar a Vicentito a montar en bicicleta.

-Éste es el mejor sitio para soltarse -dijo el propietario del ingenio móvil refiriéndose a la pronunciada cuesta del promontorio en el que se hallaban.

Vista desde arriba, la vereda dibujada en la arena daba cierto vértigo a un piloto inexperto como él, que apenas conocía el mecanismo y menos las posibles reacciones de aquella máquina.

No obstante, se dejó llevar por los gritos de ánimo del amigo. Como quien se desentiende de algo que no le afecta o que no es asunto suyo, Vicentito se lanzó inconsciente por la pendiente dando tumbos y trompicones y manteniendo un difícil equilibrio, hasta que las leyes de la gravedad se lo permitieron.

En efecto, una precipitada carrera impidió la caída en los primeros metros. Luego, apabullado por la cantidad de movimientos que tenía que hacer a la vez, fue incapaz de enderezar el manillar lo suficiente como para tomar un camino recto. La mente no funcionaba con la rapidez necesaria. No encontraba los pedales, tampoco los frenos...

No dio tiempo a llegar al remanso de la explanada, donde, al menos, la caída hubiera sido más suave. La dirección de la bicicleta hizo un giro extraño y Vicentito se vio de manera instantánea en el suelo, en una difícil postura y con rasguños por todas partes del cuerpo.

Los dos amigos, tras la frustrada intentona, cogieron la diabólica estructura de hierros y engranajes y marcharon en busca de los demás. Habían abandonado aquel terreno rasposo del parque en el que el principiante se había dejado parte de la piel de los codos y se adentraron en la lisura del asfalto, no menos cruel para los golpes. La calle, bordeada de coches a ambos lados, no tenía apenas tránsito en aquellos momentos.

Parecían haber olvidado el experimento y volvían a hablar de sus cosas. Mientras, Vicentito, sujetaba la bicicleta entre sus piernas y con gesto distraído tanteaba las palancas del freno y tocaba los pedales con la punta de los pies.

Y fue en uno de esos instantes, en que la atención traicionó a Vicentito, cuando el siempre travieso Javierín le engañó. Con alguna improvisada excusa se colocó detrás, empujó con el amigo encima, y luego soltó abandonándolo a su torpeza.

Impulsado por la inercia, Vicentito se vio de pronto, otra vez, haciendo malabarismos encima de un artilugio que enfilaba el horizonte en feroz carrera. En un hábil golpe de suerte y no poco esfuerzo, consiguió colocar los pies en unos pedales que le obligaban a una frenética e interminable rotación de rodillas que no podía detener. Tampoco esta vez llegó a adivinar, entre la desesperación y las prisas, la situación exacta del freno.

Debió de ser la natural atracción de los metales la razón por la que la bicicleta dibujó una línea recta perfecta hacia la parte trasera de un coche aparcado a unos cuantos metros. Con una mezcla de histeria y nerviosa satisfacción, Vicentito parecía estar dominado por una fuerza invisible que le obligaba a seguir moviendo las piernas al

ritmo ordenado por los pedales, aun a costa de saber que se empotraba contra aquel parachoques hacia el que se dirigía y que cada vez estaba más cerca.

Con el golpe llegó la certeza. A pesar de recibir una nueva dosis de dolor, ahora experimentado con más rigor por la mayor dureza de la carrocería, pudo respirar aliviado, seguro ya de que la aventura había acabado. Tras él Javierín corría con los brazos en alto celebrando la hazaña del amigo.

Él, cuando pudo reponerse y tomar conciencia de nuevo de la realidad que le rodeaba, hubo de admitir también que había dado un paso importante en el mundo de las habilidades infantiles y aceptó la felicitación.